

LA IMPRONTA DE O'HIGGINS

En este año de conmemoraciones tan especiales para el mundo naval chileno, cabe destacar en qué gran medida las principales de ellas tienen directa relación con la vocación marítima del Libertador General don Bernardo O'Higgins, cuyo 215º aniversario de su natalicio Chile entero celebra en este mes.

Las reflexiones a que todo lo anterior nos llama inciden no sólo en la relevancia de sus decisiones de estadista sino en la pervivencia de la influencia de sus ideas sobre el destino nacional, dada la notable proyección de sus postulados en los novedosos planteamientos que hoy se hacen sobre las perspectivas de Chile en el siglo XXI.

No hay duda alguna que los visionarios pensamientos de antaño y las coherentes elaboraciones de hogaño constituyen expresiones de una misma línea conceptual que, nacida del acento marítimo de nuestras características territoriales, ha logrado permear progresivamente nuestros rasgos sociales y se ha visto finalmente fortalecida al surgir en nuestra nación un atisbo de conciencia marítima que percibe en mejor forma las particularidades propias de nuestra realidad oceánica.

Todo lo anterior subraya ese formidable espíritu de frontera que impulsa el accionar siempre hasta el límite y que caracterizó a O'Higgins y se hizo fuerte en la Armada de Chile, evidenciándose tanto en lo geoestratégico como en lo económico, social y cultural y, muy particularmente en el caso naval, en el ilimitado campo del conocimiento, a nivel científico y tecnológico.

Es un hecho histórico que O'Higgins comprendió cabalmente la profunda esencia de nuestra independencia -que iba más allá de una simple asunción de la soberanía por eclipse transitorio de la Corona- empeñándose por alcanzarla y afianzarla plenamente; así, al asumir la conducción política de Chile adoptó medidas trascendentales para materializarla en su verdadera y definitiva connotación de plena autonomía interna y amplia libertad de acción externa. Tales medidas se centraron inicialmente en la necesidad imperativa de liberar al territorio nacional del dominio español; su preocupación político-estratégica esencial -que tenía muy en cuenta la dura experiencia de la Patria Vieja- consideraba que tal liberación no sólo incluía la destrucción de fuerzas enemigas presentes en el territorio chileno, sino también la eliminación de todo el conjunto de amenazas a su integridad, particularmente la proveniente desde el Perú, donde se concentraba el principal núcleo naval-militar del dispositivo estratégico español en esta lejana área de su imperio mundial. Lo anterior implicaba una clara concepción de la índole principalmente marítima del problema estratégico que le había resolver.

Sus previsiones y pautas de acción, que se han mantenido hasta nuestros días, tendían en lo esencial al desarrollo de un eficaz instrumento naval, incluyendo en su composición a la Escuadra Nacional, la Infantería de Marina y la Escuela Naval. Con ellos no sólo conformó una sólida fuerza naval balanceada: unidades navales y tropas de marina, sino que aseguró una provisión permanente de personal nacional profesionalmente preparado para operar y comandar tales fuerzas.

Otra idea fundamental de la política nacional de O'Higgins, muy estrechamente vinculada a la anterior, correspondía al campo de acción económico; consistía en mantener

abierto el comercio exterior para insertar el país a nivel mundial, buscando con ello no sólo una ampliación y diversificación de la producción nacional, sino una vinculación mundial con las principales potencias de la época; con ello aspiraba a una suerte de asociación comercial que concediera al país una relativa red de apoyos, que era especialmente necesaria ante el superior poder naval español, frente al cual debía alzarse el propio, el cual no habría podido ser construido profesionalmente con el solo esfuerzo nacional.

Todas estas medidas comprometían globalmente a la política nacional, tanto interior como exterior; su meta era obtener el objetivo estratégico de, inicialmente, controlar el mar de Chile para evitar invasiones de reconquista y, posteriormente, dominar el Pacífico sudoriental para ejecutar las indispensables invasiones de liberación nacional que permitieran expulsar de esta área a la Corona española.

Así, promocionar el desarrollo económico y garantizar la seguridad del país y de las líneas de comunicaciones marítimas -¿de cabotaje y de ultramar- constituían dos objetivos que se mantenían ligados entre sí y ambos vinculaban a Chile con el mundo, satisfaciendo, copulativamente, tanto el interés nacional de supervivencia como el de prosperidad. La dificultad estribaba en disponer de los recursos económicos necesarios, que el país difícilmente podría proveer. No obstante, la tenacidad de O'Higgins y la solidez de su visión integral de desarrollo en seguridad lograron convencer a un país de terratenientes que la creación de una fuerza naval era una exigencia indispensable para constituir un poder naval que asegurara la integridad territorial y la capacidad de comerciar, sin las cuales cualquier esfuerzo de desarrollo no tendría posibilidad alguna de prosperar.

Es así como, con el solo esfuerzo económico de un país pobre pero bien orientado respecto al foco sobre el cual concentrar el esfuerzo nacional, fue creada una escuadra balanceada y una Academia de Guardiamarinas. Y no sólo eso, sino que, a poco andar, y asegurada ya, aunque temporalmente, la integridad territorial, fue organizada la Expedición Libertadora del Perú, exigencia estratégica que remataba el proyecto en marcha pero que requería un esfuerzo económico adicional que, dadas las condiciones políticas reinantes en Perú y en Argentina, fue finalmente asumido mayoritariamente por Chile.

La población activa chilena afrontó con profunda convicción y generalizado sacrificio este extenuante desafío, pero obtuvo los resultados esperados, que fueron materializados en la independencia del Perú y, posteriormente, en el desalojo de las fuerzas peninsulares de Chiloé, logros todos alcanzados con la decisiva participación de fuerzas navales chilenas que allanaron la ruta, transportaron los medios militares y les dieron apoyo de combate en su empleo resolutivo.

La madurez ciudadana se consolidó con estos triunfos rotundos, dando al país una estabilidad política ejemplar que lo destacó entre sus vecinos, endémicamente anárquicos. Tal éxito tenía como elemento importante la capacidad del cuerpo político de haber sabido movilizar al cuerpo social mediante el enunciado de una política claramente orientada al logro de un interés nacional vital, la que fue puesta en vigor apuntándola efectivamente al objetivo estratégico preestablecido.

Ello robusteció la vocación nacional, como siempre ocurre cuando se concentra la acción en el punto de la decisión, sean cuales fueren los rigores del esfuerzo exigido; con ello culmina, sin mayores ostentaciones y con sorprendente eficiencia, el duro proceso de

despegue de Chile como Estado independiente, llegando a ser modelo de República ordenada, próspera y respetada.

Esta capacidad naval de llevar las armas nacionales dondequiera surgiera una amenaza para la patria o se presentara una legítima oportunidad para respaldar la presencia nacional en litorales de particular significación política, estratégica o económica, no se agotó con la ocupación de Chiloé. Por el contrario -al conjuro de la persistente insistencia geopolítica del Libertador O'Higgins, que aspiraba a consolidar nuestro dominio soberano sobre el estrecho de Magallanes y su aprovechamiento económico en base a una empresa de servicio de remolcadores que eliminara el peligroso cruce del cabo de Hornos- es precisamente en la esforzada región chilota donde es montada y despachada una nueva y decisiva expedición naval que, a pesar de su limitada dimensión natural -la pequeña goleta Ancud, construida en artesanales astilleros regionales- logra poner en tierras magallánicas una avanzada de soberanía que toma posesión de ellas. Esta efectiva y oportuna expedición incorporó al suelo patrio no sólo este histórico estrecho, sino ingentes extensiones de territorio cuya inapreciable significación no siempre llegó a ser cabalmente apreciada por los conductores de la nación. Sin embargo, la solidez de aquella decisión política previsor, fundada en la clara perspectiva que conforman los intereses nacionales permanentes, alcanzó esas metas irreversibles que consolidan la permanencia de un Estado y dinamizan la prosperidad de un país cuando es consecuente con su condición geográfica esencial.

Luego de la muerte del Padre de la Patria, Chile ha recorrido largo trecho y ha sabido asumir su condición marítima a lo largo de un proceso histórico no exento de dudas y retrocesos que debilitaron en alguna medida la asertiva posición del Libertador al respecto. La presencia en Magallanes no pasó de ser un acto simbólico y perdió todo el dinamismo que la ocupación real de la inhóspita Patagonia exigía; el auge del transporte por mar se enredó en la trama de su propio desarrollo, descuidando el país los ineludibles requerimientos de su seguridad marítima, sufriendo con ello un demoledor quebranto, proporcional a su grave imprudencia. No obstante, la posterior consolidación de los límites nortinos en sus términos coloniales y la expansión territorial subsiguiente, que amplió los espacios de seguridad que años antes habían sido tan peligrosamente descuidados, redituó un auge económico que, a la larga, logró generar la tan ansiada, pero a menudo esquiva, espiral simbiótica de seguridad y desarrollo.

Posteriormente, la incorporación de isla de Pascua al patrimonio territorial del país, la incipiente pero sostenida presencia nacional en el territorio antártico y la pionera institución de la zona económica exclusiva en el alta mar constituyen evidencias tangibles de esta persistente visión marítima del desarrollo que hoy, 175 años después del primer ensayo que nos diera el dominio del Pacífico suroriental, multiplica exponencialmente su importancia, pues, superando el mar sus ya reconocidas significaciones como espacio de seguridad y vía de comunicaciones, incorpora ahora como factor de poder al espacio marítimo en sí, convirtiéndolo, por sus recursos renovables y los no renovables del suelo marino, en un elemento esencial para el desarrollo económico y social de un país ribereño que, como el nuestro, se potencia grandemente ante una realidad demográfica universal que mantiene atestadas las deterioradas masas continentales, justo cuando esa sobredimensionada Humanidad está entreabriendo las puertas del próximo milenio.

De aquí que no sea extraño que las perspectivas surgidas de la oceanopolítica, como disciplina que descifra la realidad marítima planetaria y señala las orientaciones para el

futuro desarrollo de la comunidad humana a nivel mundial, se asocien tan estrechamente a los lineamientos del esquema visionario de O'Higgins. Tal vez por eso sea casi natural que tales decantadas regularidades tendenciales que hoy son expuestas desde respetables tribunas académicas con insuperable claridad, hayan surgido naturalmente en Chile como una sublimación enriquecida de las premonitorias percepciones del Libertador. Sólo cabe esperar que la nación chilena, que ha tenido el privilegio de protagonizarlas y hoy puede atestiguar su plena vigencia, tenga la consistente voluntad política para afrontar sin debilidades los desafíos que plantean permanentemente su debido respaldo y su exigente materialización.

La Armada de Chile, institución nacional que por antonomasia lidera la vocación marítima nacional y justiprecia y atesora el ideario de O'Higgins, mantiene muy en alto los elementos esenciales de sus incólumes postulados que prescriben una indestructible unión entre los intereses marítimos y el poder naval, conformando un todo que es el poderío marítimo. Este destacado componente del poder nacional es un significativo ejemplo de la intensa fusión que en todo orden de actividades nacionales debe existir entre seguridad y desarrollo, ecuación que, obligando a profundos esfuerzos de asociación intelectual y de cooperación interdisciplinaria, constituye la piedra sillar del legado del insigne estadista que aún orienta el rumbo de nuestra patria y que lleva a Chile, a través de memorables singladuras de clarividencia y de esfuerzo, hacia esos luminosos horizontes donde tan genuinamente se hará realidad nuestro destino marítimo nacional.

Revista de Marina se precia de dar continua cabida a ese vigoroso caudal de ideas que conforman el pensamiento naval chileno, imbuido de ese espíritu de frontera que nos impulsa a llegar hasta el límite que marca lo desconocido, en el cual surgen renovados desafíos frente a los cuales se agudiza el ingenio. Es en esta línea que hoy destaca la figura del ilustre prócer y la trascendencia de sus conspicuas concepciones, muchas de las cuales es posible advertir en la médula de las actuales formulaciones que con tan rigurosa elaboración interpretan nuestra realidad nacional frente al mundo y replantean en términos esclarecedores los parámetros que configuran un modelo de desarrollo en seguridad, tan propio de la impronta de O'Higgins.